

inconvenientes que acabamos de señalar, y fué enviada á París. Antes de decir como fué contestada por Napoleon, y, lo que es mas grave, por los sucesos, menester es trasladarnos al Norte, hácia aquel otro abismo donde Napoleon, arrastrado por su genio fogoso, se iba á hundir con su fortuna y desgraciadamente con la de Francia.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Paso del Niemen.

Continuacion de los sucesos del Norte.—Disipando una victoria de los rusos junto al Danubio toda apariencia de debilidad por su parte, dispone el emperador Alejandro enviar á Mr. de Nesselrode á París, á fin de ajustar amistosamente las diferencias suscitadas con Francia.—Al saberlo Napoleon y no estando por esta mision pacifica trata al príncipe Kourakin con frialdad extremada, y manifiesta respecto de la mision de Mr. de Nesselrode disposiciones, que obligan á la Rusia á renunciar á ella. Ultimos y vastos preparativos de guerra.—Inmensidad y distribucion de las fuerzas reunidas por Napoleon.—Movimiento de todos sus ejércitos sobre una línea que se extiende desde los Alpes hasta las bocas del Rhin y avanza hácia el Vistula.—Sus precauciones para llegar insensiblemente hasta el Niemen sin provocar á los rusos á invadir la Polonia y la Vieja Prusia.—Orden expedida á Mr. de Lauriston para usar de lenguaje pacífico, y envío de Mr. de Czernicheff para persuadir al emperador Alejandro de que solo se trata de una negociacion apoyada por una demostracion armada.—Alianzas políticas de Napoleon.—Tratados de cooperacion con la Prusia y el Austria.—Negociaciones para anudar una alianza con Suecia y la Puerta.—Esfuerzos para que estallen las hostilidades entre América é Inglaterra, y probabilidad de conseguirlo.—Ultimas disposiciones de Napoleon antes de dejar á París.—Situacion interior del imperio: carestia, rentas, estado de los ánimos.—Situacion de San Petersburgo.—Modo con que la mision de Mr. de Czernicheff es acogida por el emperador Alejandro.—Ilustrado este por los movimientos del ejército francés y por los tratados de alianza concluidos con Prusia y Austria, se decide á ir á su

cuartel general, afirmando siempre que está pronto á entrar en negociaciones. — Al enterarse Napoleón de esta marcha ordena un nuevo movimiento á sus tropas, envia á Mr. de Narbonne á Wilna para atenuar el efecto que debe producir este movimiento, y sale de Paris el 9 de mayo de 1812, acompañado de la emperatriz y de toda su corte. — Llegada de Napoleón á Dresde. — Reunion en esta capital de casi todos los soberanos del continente. — Espectáculo prodigioso de poderío. — Advertido Napoleón de que el príncipe Kourakin ha pedido sus pasaportes encarga á Mr. de Lauriston dar un nuevo paso cerca del emperador Alejandro, con el fin de precaver hostilidades prematuras. — Ilusorias esperanzas respecto de Suecia y Turquía. — Miras relativamente á Polonia. — Probabilidades de ser reconstituida. — Envío de Mr. de Pradt como embajador de Francia á Varsovia. — Regreso de Mr. de Narbonne á Dresde despues de haber desempeñado su mision en Wilna. — Resultados de esta mision. — Ya trascurido el mes de mayo, sale Napoleón de Dresde para dirigirse á su cuartel general. — Horribles sufrimientos de los pueblos hollados por nuestras tropas. — Napoleón en Thorn. — Inmenso aparato del ejército y excesivo desarrollo de los estados mayores. — Providencias de Napoleón para poner remedio. — Su acogida al mariscal Davout y al rey Murat. — Su permanencia en Danzick. — Vasto sistema de navegacion interior para transportar nuestros convoyes hasta el centro de Lituania. — Llegada á Königsberg. — Ruptura definitiva con Bernadotte á consecuencia de noticias que se reciben de Suecia. — Declaracion de guerra á Rusia, fundada en un pretexto especioso. — Plan de campaña. — Llegada á las orillas del Niemen. — Paso de este rio el 27 de junio. — Contraste de los proyectos de Napoleón en 1810 y de sus empresas en 1812. — Funestos presentimientos.

Desde el mes de noviembre último habian permanecido Napoleón y Alejandro en actitud de observacion, armando el uno en represalias del otro y de continuo, Alejandro no deseando la guerra, temiéndola por el contrario, resuelto no obstante á hacerla mas bien que á sacrificar el decoro y el comercio de su nacion, y entretanto no descuidando nada para terminar su lucha con Turquía, ya por las armas, ya por las negociaciones; Napoleón por su parte no deseando precisamente la guerra, decidido á hacerla por ambicion mucho mas que por

gusto, y preparándola con actividad extremada, porque estaba fatalmente convencido de que estallaria tarde ó temprano, lo cual era cierto, si de Rusia exigia una sumision absoluta, como la de Prusia y la de Austria. En situacion semejante, estando ya dicho todo sobre la toma de posesion del territorio de Oldenburgo, sobre la admision de los neutrales en los puertos rusos, sobre el origen de los recíprocos armamentos de Francia y de Rusia, y no teniendo nada que comunicarse sobre estos asuntos ya cansados, se callaban y obraban uno y otro. Ora se organizaba este, ora aquel cuerpo: se dirigia el uno hácia el Dwina ó el Dnieper, ó el otro hácia el Oder ó el Vistula. Pero, siguiendo de esta suerte, pronto se iban á hallar unos frente á otros, con la espada al pecho y dispuestos á degollarse. Todos los hombres juiciosos y honrados en Rusia, en Francia, en Europa, unos por razon y humanidad, otros por motivos honrosamente interesados de patriotismo, se decian con dolor que persistiendo algunos dias mas en silencio y actividad tales, correrian torrentes de sangre desde el Rhin hasta el Volga. Mr. de Lauriston, el mas activo de los que experimentaban tan notables sentimientos, no se daba mano á escribir á Paris que no se queria la guerra en San Petersburgo, que solo á mas no poder se haria y de una manera terrible, y que sin embargo, si Francia se prestaba á contemplar algo la susceptibilidad rusa, á conceder alguna cosa al príncipe de Oldenburgo, á acomodarse á un poco mas de rigor contra el pabellon de Inglaterra, podria estar segura de conservar la paz, sucediera lo que sucediere en los otros puntos de Europa. A fuerza de insistir en esto, acabó por ha-

cer que se le escaparan á Napoleon algunos arranques, bien que sin amargura, como este: *Lauriston se deja atrapar*; arranques á los cuales añadió Mr. de Basano por su cuenta despachos llenos de ceguedad y de arrogancia. Con el desconsuelo de que en Paris no le dieran oídos, se esforzaba Mr. de Lauriston porque se le oyera en San Petersburgo, aplicándose á demostrar la inutilidad y el peligro de lanzarse contra Napoleon á una nueva lucha, (de lo cual estaba perfectamente convencido), y repitiendo que al cabo de algunos días mas de este silencio estirado y torpe, unos y otros acabarían por hallarse al borde de un abismo. Con instancia y con la dignidad de una convicción sincera, pedía que se enviaran á Paris instrucciones al príncipe Kourakin, para procurar á todos los asuntos cuestionados una explicación satisfactoria, persistiendo hasta la saciedad en que nada de lo que al parecer dividía á las dos naciones valía la pena de una guerra. En el mismo sentido obraban los dos gabinetes de Berlin y el de Viena, el uno de buena fé, el otro por prudencia. Prusia descubría nuevos azares en una nueva conflagración europea, en la cual se vería obligada á tomar parte, y su sesudo rey Federico Guillermo no era de los que pensaban que, cuando se hallaba mal, necesitaba agitarse, á riesgo de quedar peor todavía. Además la obligación de ponerse al lado de Napoleon, si estallaba la guerra, hería su sentimiento germánico, que, por estar reprimido, no era menos sincero. Anhelaba, pues, la paz con ardor, y había hecho llegar á San Petersburgo vivas instancias, y propuesto hasta sus buenos oficios, pasos que se recibieron desdeñosamente, ofendidos como estaban en Ru-

sia de no contar á Prusia de su parte. Aunque presintiese Austria que una nueva lucha de Francia y de Rusia le proporcionara ocasión de restablecer sus asuntos á expensas de la una ó la otra, no temía menos la guerra, sobre todo previendo la necesidad de ser aliada de Francia, y así no cesaba de predicar la paz en San Petersburgo. Su intervención había ofrecido, y fué tan mal acogida como la de Prusia. Importunada Rusia á consecuencia de instancias que daban á entender que de ella dependía el reposo, respondió á los ministros de ambas potencias. Aconsejad la paz á otros, puesto que tanto os importa, aconsejadla especialmente á los que quieren la guerra, y me obligan á prepararla á pesar mio (1).

A fuerza de oír repetir que era menester explicarse antes de pasarse á cuchillo, que cerca de Napoleon estaba el príncipe Kourakin gastado, y siendo mas idóneo para la representación que para los negocios, no alcanzaba á aplacar la querrela, se acabó en San Petersburgo por volver los ojos á un hombre muy capaz de restablecer la buena inteligencia, si podía ser restablecida, á Mr. de Nesselrode, secretario principal de la legación de Paris, muy joven entonces, pero ya muy notable, talento delicado, perspicaz y prudente, que desde esta época inspiraba grande confianza al emperador Alejandro, de quien Napoleon hacia mucho mas caso que del príncipe Kourakin, y que á la sazón se hallaba en San Petersburgo con licencia. Se le había oído decir despues de su vuelta de la capital de Francia que, en queriendo aun se podía

(1) Hablo á tenor de los mismos despachos prusianos y austriacos.

arreglar todo; que Napoleon no era tan apasionado por la guerra como se creia generalmente; que con él habia necesidad de explicarse directamente, de hablar claro y sin ambages, y que procediendo de esta suerte se podia lograr satisfaccion y llegar á un honroso ajuste. De consiguiente se habia pensado en Mr. de Nesselrode é intentado enviarle á París con instrucciones y poderes para tratar todas las cuestiones recientemente suscitadas, y menos envenenadas por lo que se habia dicho que por lo que se habia callado. Halagado se mostraba Mr. de Nesselrode de que se le eligiera para tal mision á su edad, y dispuesto á no perdonar nada para salir airoso. Desgraciadamente lo mismo que le halagaba asi hacia sombra á Mr. de Romanzoff que, muy interesado en precaver la guerra, experimentaba celos de resultados de los adelantos del jóven diplomático y de la confianza que Alejandro parecia manifestarle. Por tanto oponia á esta mision ciertas objeciones, bien que por otra parte estuviese pronto á hacer muchos sacrificios en obsequio de la paz y hasta de la alianza con Francia. Una objecion de Mr. de Romanzoff, que influia sobre el ánimo de Alejandro á causa de la susceptibilidad rusa, era que parecia que imploraba la paz enviando un diplomático con mision especial de negociarla, sobre todo no siendo los rusos los primeros autores de las providencias consideradas justamente como provocadoras.

Sin embargo, un suceso feliz para los rusos, sobrevenido en Turquía, proporcionó una coyuntura, que se resolvió no desperdiciar, para enviar á Mr. de Nesselrode á París sin apariencias de flaqueza. El general Kutusoff, encargado á la sazón de

dirigir la guerra, se habia aprovechado de la incuria de los turcos, que despues de recuperar á Rutschuk quedaron inactivos, les habia atraido cerca de Nicopolis fingiendo intencion de pasar por allí el Danubio, y despues lo habia cruzado por cerca de Rutschuk, sorprendido el campamento del visir, dispersado parte de sus tropas, y tenian á las demas estrechamente bloqueadas en una isla del rio. Esta victoria, que al parecer debia obligar á la Puerta á entrar en tratos, produjo grande alborozo en San Petersburgo, donde se supo en noviembre de 1811. Autorizóse inmediatamente al general Kutusoff para abrir una negociacion y proponer la paz desistiendo de las primeras pretensiones rusas. Asi no se pedian ya las provincias del Danubio, esto es, la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, sino la Besarabia y la Moldavia tan solo, esta última hasta Sereth, una especie de independencia para la Valaquia y la Servia, un pequeño territorio á la parte del Caucasó, en la embocadura del Phase y una suma de veinte millones de piastras á título de indemnizacion de guerra. Sobre estas bases comenzaron las conferencias en Giurgewo, conviniéndose en un armisticio de muchos meses. A cada instante se esperaba en San Petersburgo ver llegar un correo con la noticia de la conclusion de la paz.

Aunque estos resultados fueran menos brillantes que los soñados por Alejandro, pues se habia lisonjeado de añadir de un mismo golpe á su imperio la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, ademas de Finlandia, no dejaban de ser excelentes, y la sola adquisicion de la Finlandia y la Besarabia señalaba de una manera harto ruidosa los princi-

pios de un reinado, que prometia ser no corto. Pero estos resultados le convenian mas bajo otro aspecto, el de poder enviar á Mr. de Nesselrode á París, sin que se achacase á debilidad en los salones de San Petersburgo. Dueño de todas sus fuerzas con el término de la guerra junto al Danubio, tanto parecia dar la paz como recibirla, aun prescindiendo de que se hallaba en aptitud de obtenerla mucho mas ventajosa.

Preparáronse pues las instrucciones para Mr. de Nesselrode: Alejandro se tomó el trabajo de redactarlas de su puño, y autorizó á Mr. de Lauriston para anunciar la proxima partida del nuevo plenipotenciario. Un grado mas se dió á Mr. de Nesselrode en la diplomacia rusa, para que se presentara revestido con todas las señales de la confianza imperial. Impacientemente se aguardaba un último correo de las márgenes del Danubio. á fin de que Mr. de Nesselrode partiera justamente en el momento de ser conocido el término de la guerra de Turquía, y de tener á la vez al tratar mas dignidad y mas fuerza.

Informadas fueron de estas disposiciones las diversas córtes del continente, y con especialidad las de Prusia y Austria. Mr. de Lauriston escribiólo todo á París con la visible satisfaccion de un buen ciudadano, mas encantado de haber obrado bien que seguro de que fuera aprobada su conducta, pues harto se traslucia en su lenguaje que dudaba mucho de agradar á su córte, trabajando por el mantenimiento de la paz con tanto abinco.

A pesar de despacharse muchas veces la noticia de la partida de Mr. de Nesselrode no llegó á París con todos los caracteres de certidumbre hasta me-

diados de diciembre. Mucho desconcertó á Napoleón, y contrarióle por mas de un motivo. Ya habia tenido conocimiento de los reveses de los turcos, de quienes dijo *que habian obrado como bestias*, y miraba el fin de la guerra de Turquía como el principio de la guerra de Francia. Efectivamente siempre habia creído que los rusos no aguardaban mas que esta ocasion para declararse en su contra, y colocarle entre condiciones inaceptables ó la guerra, alternativa para la cual su eleccion estaba hecha de antemano. Sobre esto la noticia del viage de Mr. de Nesselrode no le dejó la menor duda, y conjeturó que Rusia juzgaba punto menos que terminada la guerra con Turquía, y se apresuraba á aprovechar la coyuntura para dictarle condiciones. Motivo habia aqui para irritarse hasta lo sumo y sentirse impulsado á un estallido, á lo cual estaba muy inclinado, si no hubiera concebido un plan vasto, que exigia por su parte el mas profundo disimulo. Protestando siempre de su deseo de la paz, repitiendo que no se armaba sino por pura precaucion, queria llegar sucesivamente al Oder, luego al Vistula, antes que hubieran cruzado el Niemen los rusos, á fin de salvar los inmensos recursos en granos y forrages, que se hallaban en Polonia y la Vieja Prusia, recursos que no dejarian de destruir los rusos, si les dejaban tiempo, pues se vanagloriaban sin recato de estar prontos á convertir sus provincias en un desierto, al modo que en Portugal lo habian ejecutado los ingleses. Así cuanto mas lejos comenzara este desierto, menos grande seria la masa de lo que se necesitara llevar consigo. Por esto, despues de asegurarse Napoleon en Danzick, pensaba ahora en asegurar

la navegacion del Frische-Haff de resultas de sus negociaciones con Prusia, á fin de pasar por agua desde Danzick á Koenigsberg, y luego desde Koenigsberg á Tilsit. Solo desde el Niemen pensaba servirse de los trasportes por tierra, y se lisonjeaba de que, llevando víveres consigo á distancia de doscientas leguas, podria hundir el acero en el corazon de la Rusia. Todo este plan iba á quedar desbaratado si los rusos le tomaban la delantera, si cayendo sobre la Vieja Prusia de improviso y sobre Polonia las convertian en un desierto, quemando los graneros y llevándose consigo los ganados. Se necesitaba, pues, llegar poco á poco, sin ruido, sin ruptura al Vistula, y despues al Pregel antes que el enemigo: se necesitaba tambien, y esto no importaba menos, retardar las hostilidades hasta el verano de 1812, pues la condicion de los inmensos trasportes que Napoleon habia preparado, exigia la reunion y el mantenimiento de una gran porcion de caballos, y si ellos habian de trasportar su alimento, valia mas desembarazarse de llevarlos, pues no se podria acarrear el alimento de los hombres. Con efecto, si los seis mil carros con sus tiros correspondientes habian de ir cargados de avena y no de trigo, no habia para que llevar consigo tan vasto aparato. Con el fin de evitar el inconveniente, se debia empezar la campaña por junio. Entonces se cubria la tierra hácia el Norte de forrages y mieses, y apacentando á los caballos de la caballeria, de la artilleria y del tren, que pasaban ya de cien mil y debian elevarse á ciento cincuenta mil muy pronto, con las cosechas de los rusos todavia en yerba, se aseguraba el mantenimiento de todos los animales que se llevaran en el

territorio enemigo. Habia pues necesidad de estos animales para el mantenimiento de los hombres, y de la llegada del verano para el mantenimiento de estos animales. Por afanosos que los rusos prendieran fuego á sus campos, no quemarian las yerbas. Añádase que con los inmensos preparativos que habia que llevar á remate, aun tomándolos con anticipacion de dos años, no eran de desperdiciar dos meses, como Napoleon lo sabia por experiencia, y que teniendo los rusos por arma la destruccion, y el la creacion de los recursos, no era el tiempo un elemento necesario para ellos, al paso que para él era indispensable.

Por estas profundas razones era menester deslizarse en cierto modo hácia el Vistula, y ganar, no solo terreno, sino tiempo sin producir una ruptura. Para salir airoso en este designio, nada mejor que el estado de la querrela oscura, indecisa, en que se repetia indefinidamente..... Armáis..... Yo tambien..... Vos habeis empezado..... No tal, sino vos..... No queremos la guerra..... Ni nosotros tampoco, y otros propósitos de esta especie, muy insignificantes en apariencia, pero muy calculados por parte del que con estas réplicas enojosas ocupaba meses enteros, ganaba de diciembre á enero, de enero á febrero, y esperaba ganar todavia hasta junio de 1812. Como una explicacion clara y categórica debia poner término á esta situacion tan útil á los designios de Napoleon, y como la llegada de Mr. de Nesselrode iba á provocarla, no le convenia de ningun modo (1). Por mucha destreza que

(1) En materia tan grave, como en la que lo fuera menos, me desagradaria suponer nada. Pero las cartas mas

Napoleon empleara, por mucho que supiera dominarse á sí mismo cuando en tal cosa ponía el empeño, con la penetracion de un hombre como Mr. de Nesselrode era imposible no venir á un cabal esclarecimiento, á una solucion afirmativa ó negativa sin ambages, despues de la cual no habria mas que marchar de seguida unos contra otros. Pero, segun acaba de verse, le importaba que los rusos llegaran al Niemen y los franceses al Pregel antes de declararse la guerra, y diciendo de continuo que era necesario explicarse, sin explicarse nunca á pesar de todo.

De consiguiente formó la resolucion de dar al punto sus últimas órdenes militares y al par se dedicó de la manera mas conveniente á impedir el viage de Mr. de Nesselrode á París, guardándose no obstante de ofender á la Rusia y de impulsarla á una ruptura inmediata. Veía al príncipe Kourakin muy á menudo; sabia, á causa de haberse esparcido el rumor por Europa, que el envio de Mr. de Nesselrode á París estaba cercano, y no dijo al príncipe Kourakin ni una palabra sobre este punto, silencio inexplicable del todo si no era desaprobador de la mision proyectada. No se limitó á esto, sino que, explicándose sobre el asunto con el ministro de Prusia, que debia necesariamente de recoger sus palabras y de trasmitirlas á Berlin, desde donde el deseo de ser útil á la causa de la

terminantes de Napoleon á las tres ó cuatro personas investidas con su confianza, el príncipe Eugenio, el mariscal Davout, Mr. de Cessac, y el mismo Mr. de Lauriston no dejan duda alguna sobre la realidad de este cálculo. Mas adelante se citarán pruebas materiales irrefragables.

paz podria hacerlas llegar hasta San Petersburgo, no dijo nada precisamente que se pareciera á la intencion de no recibir á Mr. de Nesselrode, pero mostróse frio, remiso, casi descontento, y pareció desaprobador el ruido que se metía con esta especie de mision extraordinaria, pues, en su concepto, así se empeñaba el amor propio de las dos potencias, haciéndolas mas exigentes é inclinándolas á escatimar las concesiones. A esta desaprobacion indirecta de la mision de Mr. de Nesselrode añadió en ocasion muy importante una marcada frialdad hácia la legacion rusa. El primero de año, dia destinado á las recepciones, apenas dirigió la palabra al príncipe Kourakin, que muy atento á las pequeneces, no dejó de notarlo y dedujo que la mision de Mr. de Nesselrode no tenia probabilidad de buen suceso, ó por llegar tarde ó por mover á desagrado. Mas grave fué aun el ruido de las órdenes expedidas por Napoleon, ruido siempre bastante, por pequeño que sea, para llegar á los oidos del embajador peor informado de lo que ocurre. Napoleon habia encargado la discrecion mas absoluta, pero tantas gentes estaban en el secreto, tan difícil era ocultar algunas de las órdenes aquellas por su índole y su gravedad, que el arcano, posible para el vulgo, no lo era para una diplomacia que pagaba muy bien las traiciones. Con efecto Mr. de Czernicheff, ayudante del emperador Alejandro, con mision en París á menudo, habia ganado á un empleado, que le revelaba los secretos mas importantes del ministerio de la Guerra. Por estas diversas causas el príncipe Kourakin llegó á saber todo lo que Napoleon habia mandado, y lo que habia mandado no podia dejar duda alguna acerca de la

resolucion irrevocable de las próximas hostilidades.

Ante todo habia prescrito á Mr. de Cessac, ascendido á intendente de ejército, que preparara el senatus-consulta para el sorteo de la quinta de 1812, providencia necesariamente muy significativa, puesto que, habiendo ya recibido los cuadros toda la quinta de 1811 estaban sobradamente llenos para un aumento de pura precaucion. Ademas habia pedido á los gobiernos alemanes que suministraran su contingente completo, y lo habia exigido no solo á los principales, como los de Baviera, Sajonia, Wurtemberg, capaces de guardar un secreto, sino á todos los pequeños principes, á los cuales no habia manera de dirigirse sin que se divulgara pronto el hecho. A los mariscales Suchet y Soult habia escrito en cifra para que le enviaran sin demora los regimientos llamados del Vistula, regimientos excelentes de que se podia servir en Polonia. Ordenes habia comunicado para el pronto regreso de la Joven Guardia, acantonada en Castilla, y para el de los dragones, destinados á volver á Francia regimiento por regimiento. Esto explica cómo despues de haber hecho convergir todo en España sobre Valencia, con la idea de hacerlo refluir sobre Portugal de seguida, habia concentrado de improviso hácia Castilla las fuerzas disponibles. en vez de concentrarlas hácia Portugal, de modo que aprovechándose los ingleses del movimiento hácia Valencia para tomar á Ciudad-Rodrigo, se aprovecharon poco despues del movimiento hácia Castilla para tomar á Badajoz.

Independientemente de estas órdenes, Napoleon dirigió hácia el Rhin, no los destacamentos de la

Guardia, que se hallaba en París mismo, lo cual produjera harta sensacion, sino los que estaban acantonados en sus alrededores, tales por ejemplo como los regimientos de la Guardia holandesa. De nuevo apremió para las compras de caballos en Alemania, las cuales no se hacian tan de prisa como era de su agrado, y puso en marcha los batallones de los trenes, cuya organizacion estaba ya concluida, haciéndoles trasportar zapatos, aguardientes y en general diversos objetos de equipo. Ultimamente expidió la primera orden de movimiento al ejército de Italia, teniendo que atravesar este la Lombardia, el Tirol, la Baviera, la Sajonia para hallarse en linea junto al Vistula con el ejército del mariscal Davout, debia estar en movimiento lo menos con un mes de anticipacion á los otros, si se queria que no produjese retraso. Sin embargo, como de todas las providencias que tenia que adoptar era esta la mas ruidosa, pues no habia hacer que este ejército evacuara la Italia, arrancándole de sus cantones para andar media Europa, sin ser cosa decidida la guerra, aplicóse á guardar bien su secreto, y escribió al príncipe Eugenio directamente, cuidando de evitar que intervinieran las oficinas. A este príncipe recomendó que aprestara sus divisiones en Brescia, Verona, y Trieste para mediados de enero, á fin de que en los últimos dias del propio mes se hallaran prontas á marchar con el material todo. Aunque para enero las pedia, no contaba con ellas hasta febrero, sabiendo con su experiencia suma que no es mucho conceder un mes á los retrasos inevitables. Tenia el proyecto de hacer partir las tropas de Italia á fines de febrero, y de no mover las del maris-

cal Davout sino en todo marzo, llevándolas no obstante de un modo rápido hácia el Vistula en el caso de que la noticia del movimiento del ejército de Italia indujera á los rusos á adelantarse sobre el Niemen. De no ser así proponíase empujar lentamente sus columnas hácia el Vistula, donde no deseaba tenerlas antes de mediados de abril, para llevarlas de seguida junto al Pregel á mediados de mayo, y junto al Niemen á mediados de junio. Empleando así tres meses en trasladarlas á este último rio desde el Elba, hombres y caballos debían llegar descansados, hallándose en el teatro de la guerra con todo su contingente y equipo.

De todas estas providencias no ignoró la legación rusa mas que la partida del ejército de Italia, fiada solo al príncipe Eugenio, y el llamamiento de los polacos de España, pedido á los mariscales Soult y Suchet por despachos en cifra. Pero conocia todas las otras y bastaban para desvanecer cualesquiera dudas, si vestigios podían quedar de ellas en punto á principiar las hostilidades para el presente año de 1812. Con efecto el príncipe Kourakin no abrigó ya ninguna desde los primeros dias de enero. El silencio evidentemente voluntario, guardado con él acerca de la misión de Mr. de Nesselrode, la frialdad inusitada á todas luces que se le habia manifestado, y que contrastaba con las atenciones de que comunmente era objeto, y por último todas las disposiciones divulgadas por el público susurro, equivalían á una demostración completa. Así el príncipe Kourakin despachó el 13 de enero un correo extraordinario á su corte, para enterarla de cuanto habia sabido y observado por sí propio, y declararla que en su concepto la guer-

ra estaba decidida, y que era menester aprestarse al punto para sostenerla. Ordenes pedía tambien para los casos extremos, como el de abandonar á París por obligarle las circunstancias. Quizá lo sensible que fué á las frialdades de la corte dió mas vivacidad á su convencimiento, pero si su disgusto personal le habia impulsado á decir que la guerra estaba decidida, este disgusto habia servido para ilustrarle, pues lo estaba de veras ya entonces de un modo irrevocable.

Cuando los despachos del príncipe Kourakin llegaron á San Petersburgo, se pensaba todavia en enviar á Mr. de Nesselrode á París, y solo se aguardaba la circunstancia determinante de un correo de Constantinopla para ordenar su partida. Desgraciadamente no llegaba el correo, y Mr. de Romanzoff, por celos del jóven negociador, abusaba de este retraso. Partido el 13 de enero el correo del príncipe Kourakin, llegó el 27 á San Petersburgo, y produjo la sensación mas viva. Al leer los despachos que llevaba, dióse asenso al dictámen del embajador y se tuvo por inevitable la guerra. Ya habia mucha propensión á creer que la actual crisis no tendria otro desenlace, y antes que someterse á todas las voluntades de Napoleon como Prusia y Austria, antes que sacrificar las reliquias del comercio ruso, se habia resuelto arrostrar las últimas extremidades. Con todo, de la prevision del hecho al hecho mismo, siempre existe una diferencia que los hombres sienten de una manera muy viva, y así tan profundamente afectó la seguridad de la guerra en San Petersburgo que Mr. de Lauriston pudo decir con fundamento que estaban allí consternados. Entonces la

opinión general de Europa era que se exponía á tanto peligro el que hiciera frente á Napoleon, á su genio, á sus ejércitos valerosos; tan formidables recuerdos eran los de Austerlitz, de Jéna, de Eylau, de Friedland, que, aún con el mas noble sentimiento de patriotismo, con los odios ardientes de la aristocracia europea contra nosotros, inspiraba cierta especie de terror la idea de volver á comenzar una lucha que tan mal habia salido siempre. Además si esta vez se repetía tan adversa fortuna, podia muy bien suceder que se consolidara del todo la dominacion que se trataba de echar abajo, y que Rusia cayera en el segundo orden á que habian descendido Prusia y Austria, y á que tanto horror se tenia. La Providencia, que tan bien guardaba sus arcanos, aun no habia revelado el suyo, y los rusos ignoraban que estaban en visperas de su grandeza, y Napoleon todavía ignoraba mas que estaba en visperas de su caída. Sin embargo, de estos arcanos providenciales siempre se trasluce algo por el genio y aun por la pasión á las veces.

La pasión, que tan frecuentemente ciega y que por rareza ilustra, habia esta vez revelado parte de la verdad á los rusos. Se decian que habia derrotado á sus ejércitos en 1807, pero que estuvo á pique de hundirse en sus lodazales, ó de morir de hambre ó de frio en medio de sus escarchas. Se les venia á la memoria la catástrofe de Carlos XII: asimismo les ocupaba la reciente miseria á que se redujo á Massena en Portugal á fuerza de devastaciones, y que se divulgó por toda Europa con una especie de bárbara jactancia: y donde quiera repetian que, sin quemar los campos agenos

á semejanza de los ingleses, sino incendiando las propias campiñas, reducirian á Napoleon á una situación todavía mas horrorosa que la de Massena. Así en todas las filas del ejército ruso oíase decir que habria necesidad de quemarlo y destruirlo todo, y de retirarse en seguida al fondo de Rusia sin empeñar batalla, que entonces se veria lo que podia el terrible emperador de los franceses en llanuras taladas, desprovistas de granos para sus soldados, de yerba para sus caballos, y que, nuevo Faraon, pereceria en la inmensidad del vacío, como el otro en la inmensidad de las olas. Este plan de evitar los grandes encuentros y de retirarse aniquilando, germinaba en la mente de todos, y cabe decir que no hubo quien no fuera general en tan solemnes circunstancias.

Entre los oficiales del emperador Alejandro habia también caracteres mas fogosos que otros que le aconsejaban convertir en desierto mas territorio, no aguardando á Napoleon junto al Niemen, no dejándole así los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia, sino invadiendo al punto estas comarcas, pertenecientes unas á la odiosa Polonia, por la cual venia la guerra, otras á Prusia, que por debilidad se iba á aliar con Napoleon, ocupándolas no mas que algunos dias, destruyéndolas todo, y evacuándolas sin mas tardanza.

Pensando Alejandro lo mismo que todos los oficiales y soldados de su ejército sobre este punto, era muy de parecer que se opusieran á Napoleon las distancias y la ruina, que se rehusaran las batallas, y que se engolfaran en lo interior de Rusia, sin perjuicio de hacer alto y de pelear cuando estuvieran los franceses, abrumados por la fatiga y

por el hambre, pero no opinaba con los que pretendian invadir desde luego la Polonia y la Vieja Prusia para talarlas. Tomar la ofensiva, adelantarse, equivalia á proporcionar al gran ganador de batallas la eventualidad de un triunfo en los mismos paises adonde se iba á contenerle, equivalia tambien á compartir la responsabilidad de la agresion cuando menos á los ojos de los pueblos, y Alejandro, antes de pedir á su nacion los últimos sacrificios, deseaba que el universo todo se convenciese de que la agresion no era suya. Por último habia otra razon de que Alejandro hablaba menos, si bien influia en su ánimo fuertemente, y era que mientras se pudiese armonizar la paz con el decoro queria conservarla, y no comprometerla de resultas de una imprudente iniciativa. Por su parte Mr. de Romanzoff, cuya política se habia fundado en la alianza francesa, y que iba á perder con la guerra la base de su sistema y el verdadero motivo de su presencia en los consejos del imperio, se lisonjaba todavia de que, cuando Napoleón se hallara junto al Vistula y Alejandro sobre el Niemen, se podria entablar una especie de negociacion armada, y de que en visperas de engolfarse en vias espantosas habria quizá mas condescendencia por ambas partes, de que Napoleón mismo, despues de haber tocado mas de cerca las dificultades de una guerra tan lejana, se mostraria menos exigente, y de que acabarian por entenderse en el último instante por medio de un compromiso que salvara el honor de todos; débil esperanza sin duda, pero á la cual no se podian decidir á renunciar ni Mr. de Romanzoff ni Alejandro.

Sobre estas bases el emperador de Rusia de-

terminó el sistema de guerra que convenia adoptar en union de su ministro y de algunos generales investidos con su confianza. Decidióse que se tendrian dos ejércitos numerosos, todos los elementos de los cuales estaban ya reunidos, uno junto al Dwina, otro junto al Dnieper, dos rios que, naciendo á algunas leguas el uno del otro, corren aquel hácia Riga y el Báltico, este hácia Odesa y el Mar Negro, y describen asi una línea trasversal del Noroeste al Sudeste, constituyendo, por decirlo de tal modo, la frontera interior del grande imperio ruso. Teniendo estos dos ejércitos junto al Niemen sus avanzadas, se retirarian concéntricamente á la aproximacion del enemigo, le presentarian una masa compacta que seria lo menos de doscientos cincuenta mil hombres, y á la cual se esperaba poder añadir muy en breve el número de cien mil en reservas. Otro tercer ejército de unos cuarenta mil hombres se mantendria en observacion hácia el lado de Austria y se daria la mano con el del Danubio, que ascendia á sesenta mil soldados, y estos dos ejércitos, segun los sucesos de Turquía, se encaminarian al teatro de la guerra, y de esta suerte harian subir á cuatrocientos mil hombres la suma total de las fuerzas rusas.

Estos medios, independientemente del clima, de las distancias y de los destrozos proyectados, tenian un valor considerable y alimentaban la confianza de los rusos; pero otros motivos contribuian ademas á fortificarla. Segun pensaban los rusos, la opinion representaria un importante papel en esta lucha, y los que lograran ponerla de su parte obtendrian una grande ventaja. No se